

UNA BIBLIOTECA AL SERVICIO DE LA ACTIVIDAD CIENTÍFICA EN CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES EN EL SIGLO XIX

*María Teresa Llera Llorente**

Facultad de Ciencias de la Documentación. Universidad Complutense de Madrid.

Resumen: El trabajo aborda el servicio que históricamente han prestado las bibliotecas al fomento de la investigación científica. Se trata en este caso de la actividad de difusión y comunicación en el área de las Ciencias Sociales y las Humanidades, que se desarrolló a lo largo del siglo XIX en torno a la Biblioteca Francisco de Zabálburu. El estudio realizado resalta el papel de los bibliotecarios en el acceso a las fuentes documentales y la consolidación de canales –tanto formales como informales– de comunicación científica.

Palabras clave: Comunicación científica; historia de las bibliotecas; fuentes de información Ciencias Sociales y Humanidades.

Title: A LIBRARY AT THE SERVICE OF THE 19TH CENTURY SCIENTIFIC COMMUNITY.

Abstract: This paper deals with an interesting theme for information professionals, which is the service historically offered to foster scientific research. During the XIXth century the Francisco de Zabálburu Library developed a large activity in spreading and communicating knowledge on social sciences and humanities. This study emphasizes the role of librarians in accessing to documentary sources and consolidating both formal and informal channels of scientific communication.

Keywords: Scientific communication; libraries history; information sources Social Science, Humanities.

1 INTRODUCCIÓN

La Biblioteca Zabálburu empezó a funcionar en la década de 1870 en Madrid¹. Su fundación² no fue fruto de la vanidad familiar o del interés en demostrar un estatus privilegiado, como era frecuente en la sociedad decimonónica española³. Aun siendo privada, se creó sin ánimo de ningún tipo de lucro, con el fin de contribuir a la investigación y el progreso cultural en España. Para ello se contrató personal especializado, que desarrolló las funciones de adquisición, tratamiento documental y difusión de los fondos. Éstos estuvieron disponibles a todos los que solicitaron su consulta, de tal modo que la biblioteca se convirtió en un importante lugar de encuentro entre los hombres de ciencia de la época⁴.

El objetivo del presente estudio es conocer este servicio que durante el siglo XIX prestó la biblioteca Zabálburu al desarrollo de la ciencia en nuestro país, hasta el punto de

* mllera@ccdoc.ucm.es

¹ Calle Marqués del Duero, número 7.

² Fundada por los hermanos Mariano y Francisco de Zabálburu, vizcaínos y bibliófilos.

³ Véase la obra de Benito Pérez Galdós, *La Incógnita*. Madrid, 1889, p. 16.

⁴ La Biblioteca en la actualidad sigue prestando un insustituible servicio a los investigadores.

llegar a ser considerada como la mejor de España dentro de su categoría⁵. Concretamente, se trata de dar conocer cuáles fueron las claves que convirtieron a este centro en un modelo de buen funcionamiento en el ejercicio de su actividad y, por otra parte, demostrar con datos históricos y documentales el compromiso que tuvo con la difusión del conocimiento científico. Hasta el momento no se había realizado ninguna investigación de este tipo, debido a la enorme dificultad que supone la localización de fuentes significativas y relevantes al respecto.

2 MÉTODO Y MATERIAL

Este estudio posee un carácter tanto histórico como documental. En cuanto a la metodología histórica, el trabajo ha progresado en varias fases: localización de las fuentes, heurística, analítica-crítica, síntesis y obtención de conclusiones. Las fuentes utilizadas se encuentran en el Archivo Zabálburu. Se trata de la documentación familiar: cartas, facturas, notas, etc., que revelan las relaciones entre los propietarios de la biblioteca, con los bibliotecarios y numerosos hombres de ciencia del siglo XIX. Debido al carácter privado de los materiales, ha sido necesaria una detallada labor de clasificación documental, pues se carecía de un catálogo de los fondos: el exterior de cada carpeta presentaba sólo una descripción genérica, que incluía fechas con un valor meramente aproximativo. Para subsanar estas carencias, se atribuyó una numeración árabe correlativa a las carpetas y otra a los documentos custodiados en cada una de ellas. Posteriormente se realizó una base de datos en la aplicación Access que contenía los campos necesarios para recuperar la información requerida para nuestro tema de investigación: Signatura – Resumen – Fechas – Descriptores: (onomásticos, geográficos, instituciones) y Notas⁶. Las cajas utilizadas en el presente trabajo han sido: caja 6, 9, 20, 24, 26, 29, 30, 32. La exploración analítica y crítica de esta documentación ha proporcionado interesantes datos sobre la labor de investigación de una serie de científicos y estudiosos en el campo de las Humanidades y de las Ciencias Sociales, entre ellos, de los propios fundadores de la Biblioteca.

3 RESULTADOS

3.1 La función del bibliotecario en el acceso a la información

Los primeros bibliotecarios del Centro fueron José Sancho Rayón y Mariano Ibáñez Chacón, como ayudante. De José Sancho Rayón, apenas se conservan datos biográficos. Nació en 1836 y falleció en 1900. Bartolomé José Gallardo le bautizó con el sobrenombre de *el culebro*, trabajó también como bibliotecario del Ministerio de Fomento y fue un bibliófilo que llegó a formar una importante librería que se dispersó a su muerte⁷.

⁵ La mejor biblioteca privada de España tiene más de 18.000 ejemplares en *El País*, martes 18 de abril de 1995, p. 8.

⁶ Debemos precisar que para nuestro estudio no era necesario incluir todos los campos contenidos en la ISAD(G) y por este motivo no se hizo.

⁷ Rodríguez Moñino, A. *Curiosidades bibliográficas. Rebusca de libros viejos y papeles traspapelados*. Madrid, Langa y Compañía, 1946.

Mariano Ibáñez, era oriundo del Valle de Cerrato (Palencia) y según se desprende de la correspondencia conservada, tenía gran amor a su profesión de bibliotecario⁸. Sabemos que Sancho Rayón consideraba de gran ayuda su trabajo, que consistía fundamentalmente en ordenar, catalogar y realizar transcripciones de documentos antiguos para facilitar la labor de los investigadores⁹.

En las décadas de 1880 y 1890 es cuando más noticias tenemos del trabajo que desempeñaron los bibliotecarios. Coincide que en estos años ya se había adquirido gran parte de lo que constituye el fondo de la Biblioteca¹⁰.

3.1.1 La adquisición de fondos

Al existir un trabajo monográfico de la autora sobre la adquisición de fondos de la Biblioteca¹¹, tan sólo apuntaremos algunas notas que muestren el papel que desempeñaron los bibliotecarios en esta actividad. Podemos hablar del protagonismo de Rayón e Ibáñez en el seguimiento de la aparición de novedades bibliográficas, en las suscripciones a las publicaciones periódicas y en la adquisición de fondo antiguo. Sobre el seguimiento de novedades, a modo de ejemplo podemos señalar las cartas en las que Ibáñez refleja sus gestiones para ir adquiriendo los tomos que fueran saliendo a la venta de la colección *Pour l'enseignement des Beaux-Arts* que se vendía en la Casa Bailly-Bailliere¹².

También debemos decir que la Biblioteca recibía de forma asidua los catálogos comerciales de las principales librerías madrileñas y parisinas del momento: Casimiro Monier, Augusto Garnier, Bailly-Bailliere, Casa Durán, Guillaumin, Didier, etc. Catálogos con los que trabajaban los bibliotecarios como lo demuestran las marcas de títulos de libros que consideraban de interés para la Biblioteca y las facturas y notas de las librerías con los libros seleccionados.

Así mismo, Rayón e Ibáñez se responsabilizaron de las suscripciones a las publicaciones periódicas según queda de manifiesto en la correspondencia de la Casa.

En cuanto a la adquisición de fondo antiguo, José Sancho Rayón desarrolló una actividad fundamental gracias a sus contactos y argucia. Es bien conocido el capítulo de la compra de mil ejemplares procedentes de la Biblioteca del Duque de Frías, que relata Pedro Vindel en *Historia de una Librería*¹³. Pero también el bibliotecario tuvo protagonismo en otras operaciones, siendo la más importante la incorporación de parte del Archivo de Altamira a los fondos de la Zabálburu. La influencia de Rayón traspasaba la frontera española y por ello gracias a sus contactos, entre otros con Domingo García Pérez, librero de antiguo lusitano, la Biblioteca adquirió una colección de obras portuguesas¹⁴.

⁸ AFZ C24, D.481, AFZ C30, D.230.

⁹ AFZ C29, D.25.

¹⁰ El fondo de la Biblioteca es cerrado.

¹¹ Llera Llorente, M. T. *La Biblioteca Francisco de Zabálburu. Adquisición de fondos y estudio catalográfico*. Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2007.

¹² AFZ C30, D.499.

¹³ Vindel, P. *Pedro Vindel, historia de una librería*. Madrid, 1945.

¹⁴ AFZ C9, GD1 (D.8).

3.1.2 La clasificación y catalogación

Los criterios que se siguieron en la ordenación y clasificación de los libros y documentos se deben al bibliotecario José Sancho Rayón, si bien es verdad, que recibió consejos de los hermanos Zabálburu¹⁵. En la disposición de los libros en los plúteos, se respetó como norma general una ordenación por materia, aunque no de forma exclusiva, pues a veces el criterio fue la lengua en la que estaban escritos. En la actualidad se mantiene el mismo orden.

En la parte inferior de los armarios 17 y 18 se reúnen atlas y material cartográfico. El armario 20 tiene un predominio de obras de Bibliografía y sobre la Imprenta. En el armario 24 hay una interesante colección de libros de la Historia de Aragón. En los armarios 28, 29 y 30 se disponen las obras relativas al País Vasco. El armario 38 tiene gran abundancia de obras de Arte y el 39 de Literatura francesa. En el armario 40 abundan las Biografías y la Literatura italiana. A partir del armario 55 se localizan los libros, decimonónicos en su mayoría, de materias de Ciencias de la Salud, Ciencia y Tecnología. Por ejemplo, en el 55, obras de Medicina; en el 56, libros de Agricultura; en el 57, de Fauna y Botánica. El 58 está dedicado a Ciencias Experimentales en general. El 59 a Botánica y Física, y en el 60, hay libros de Química y de las Exposiciones Universales.

En los meses de julio y agosto de 1894, Francisco de Zabálburu indicó a sus bibliotecarios que desocuparan una serie de estantes de la Biblioteca, ocupados con libros ingleses, y se los remitieran a Bilbao¹⁶. En su lugar debían colocar los volúmenes que en diferentes partes de la casa, por ejemplo en el sótano, se hallaban sin colocación. Aunque, precisaba, en primer lugar debían colocar los libros que había en los estantes de la biblioteca, ocultos detrás de los de la primera fila¹⁷. El 26 de julio, el administrador de la Casa, Francisco Astiz, escribió desde Madrid a Zabálburu en Bilbao, diciéndole que todavía quedaban en los estantes “del rincón” bastantes libros ingleses y algunos alemanes que debían ser todos de la misma procedencia. Además, le pedía su autorización para llevar a cabo lo que según el bibliotecario Rayón era su deseo, remitirle a Bilbao algunos de los libros comprados al Duque de Frías¹⁸.

Los documentos manuscritos fueron ordenados en carpetillas en las que los bibliotecarios apuntaron, generalmente en lápiz negro, unas palabras clave sobre el contenido y la cronología de los mismos. En el margen superior del documento es frecuente encontrar anotado, el día, mes y año. Este trabajo fue realizado por Rayón e Ibáñez. La grafía, semejante a la de sus cartas autógrafas, y en alguna ocasión, la aparición del nombre del catalogador, delatan la autoría. Por ejemplo, en la carpeta 10, el documento 70 está guardado en una carpetilla en la que se lee: “Ológrafa carta de D. Juan II. 12 marzo sin año. Sr. Sancho”. De la misma mano están escritas muchas de las carpetillas.

Zabálburu acordó con el bibliotecario Rayón, que en el exterior de las cajas protectoras donde se debían guardar los manuscritos, se le pusieran tejuelos con una simple numeración con referencia a un índice correlativo¹⁹.

¹⁵ AFZ C29, D.123.

¹⁶ Los hermanos Zabálburu tenían casa en Bilbao.

¹⁷ La colección de libros ingleses debió de ser importante en número, pues el traslado a Bilbao se hizo en dos remesas en tren por la cantidad de cajas que ocupaban. AFZ C30, D.429.

¹⁸ AFZ C30, D.430.

¹⁹ AFZ C29, D.123.

Paralelamente se fue realizando un catálogo de impresos y otro de manuscritos en fichas de tamaño octavo que se clasificaron por orden alfabético de autoridad y se guardaron en dos bellas cajas independientes, de madera norteamericana de roble, de 148 cm. de largo por 98,10 de ancho y 112 de alto, con pie en forma de tijera, manufactura del carpintero Antonio Jorge, una en el año 1879 y otra en 1881.

3.1.3 *La preservación y conservación documental*

Las acciones que realizaron los bibliotecarios fueron de dos tipos: el acondicionamiento de los lugares que albergarían los fondos y el seguimiento de los trabajos de encuadernación de libros y de fabricación de cajas protectoras de manuscritos. Las fuentes nos hablan de cajones en los que reposaban montañas de libros²⁰. Se conserva una carta del administrador Astiz a sus jefes, en la que les comunicaba que los bibliotecarios habían adelantado mucho su trabajo en el verano, pues habían desaparecido muchos manuscritos de los que llenaban mesas y sillas y se habían puesto en sus cajas correspondientes²¹.

Por otra parte, se han localizado en la correspondencia familiar, notas y facturas de trabajos de encuadernación realizados para la Biblioteca Zabálburu. Las más antiguas son del año 1850, cuando Francisco de Zabálburu era un joven de veinticinco años, y las más recientes del año 1896. Los libros a los que se hace referencia, son ejemplares que necesitaban ser encuadernados por su estado de conservación, o publicaciones que estaban encuadernadas en rústica y decidieron que tuvieran una encuadernación más consistente de la que presentaban. En este grupo se encuentran revistas de gran tirada, cuyas entregas fueron agrupadas en volúmenes. A modo de ejemplo, en el mes de octubre de 1896 la imprenta de Manuel Ginesta cobró a través de Sancho Rayón, setenta y dos reales de vellón, por encuadernar en pergamino doce tomos de *Lengua Vascongada*, a seis reales cada uno²². Un año después, la misma imprenta cobraba quinientos reales de vellón, por encuadernar de igual manera, cien tomos de la misma obra, esta vez a cinco reales la unidad²³.

También son frecuentes las notas de mano del bibliotecario Mariano Ibáñez Chacón con información de ejemplares que enviaba a encuadernar.

Los encuadernadores a los que se solía acudir eran los famosos Antonio Menard, Miguel y Grimaud Ginesta, en la calle Campomanes, 8; Luís García Morell, en la calle San Mateo, 18; la casa de encuadernación del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús, en Juan Bravo, 5; el taller de Escudero y Casa Durán.

En cuanto a los manuscritos fue Sancho Rayón el que se ocupó de gestionar la fabricación de las cajas que se hicieron para su custodia. En el año 1889, sugirió a su jefe encarar al encuadernador Grimaud Ginesta, cien cajas, cuyo coste ascendía a seiscientas pesetas (seis pesetas las unidad). Si le parecía demasiado gasto, proponía que se encargasen cincuenta en una primera remesa. A la vez le anunciaba que pediría una muestra al encuadernador para que las pudiese examinar²⁴. Zabálburu le respondió que le parecía acertada

²⁰ AFZ C9, GD.1.

²¹ AFZ C30, D.424.

²² AFZ C32, D.133.

²³ AFZ C32, D:134.

²⁴ AFZ C29, D.25.

la idea de cien cajas y que no veía necesario molestar a Grimaud pidiéndole una caja de muestra, puesto que él que era el bibliotecario ya la había visto²⁵.

El 19 de octubre de 1889 ya habían empezado a traer las cajas para los manuscritos²⁶, y el día 24 comunicaban a Francisco de Zabálburu que Sancho Rayón ya había dado la conformidad a los contables de la Casa para que pagaran la factura del encuadernador Grimaud.

3.1.4 La difusión de los fondos

La lectura pormenorizada de las fuentes nos revela datos interesantes acerca de los trabajos de difusión que llevaron a cabo los bibliotecarios de la Zabálburu. Uno de ellos fue la transcripción de documentos para enviar a investigadores. Sabemos que el ayudante de biblioteca, Ibáñez, era hábil latinista, aventajando en esta lengua a su superior Sancho Rayón²⁷. Consta que transcribió en distintas ocasiones, en los años 1890 y 1893²⁸, documentos históricos para facilitar al político Antonio Cánovas del Castillo sus trabajos de investigación sin que tuviera que desplazarse. Hasta el mes de junio de 1890 el bibliotecario tenía listos para dicho señor unos ciento cuarenta pliegos²⁹, cantidad como se puede apreciar, bastante considerable. Sancho Rayón también fue el autor de bastantes transcripciones³⁰. Junto a Cánovas hubo otros investigadores que solicitaron a la Biblioteca referencias y copias de documentos, como los documentos que Ibáñez seleccionó y transcribió para Blas L. de Piñar, amigo del Marqués de Corvera, que se proponía escribir una biografía de Diego Hurtado de Mendoza³¹.

El que fue fiscal del Consejo de Estado, Manuel Danvila, solicitó algunas copias de documentos que estuvieran relacionados con las Germanías de Valencia, para preparar con ellos el discurso de recepción en la Academia de la Historia³².

También desde la Biblioteca Zabálburu se aportó documentación a la conocida obra de Cayetano Manrique y Amalio Marichalar sobre la Historia de la Legislación española. Manrique pidió que se le enviaran los Fueros de 1452 y de 1528, para utilizarlos en su visita a los Archivos de la Chancillería de Valladolid y de Simancas³³.

Gaspar Muro consultó y utilizó documentos de la Biblioteca Zabálburu para escribir su obra *La princesa de Éboli*³⁴.

Además del envío de copias a los investigadores, la otra gran actividad de difusión que realizó la Biblioteca, fueron los trabajos para la publicación de la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España*, y *Nueva Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España y de las Indias*, pues tanto sus dueños como los bibliotecarios, eran conscientes de que la Zabálburu tenía una misión importante de contribuir a la difusión de

²⁵ Id.

²⁶ AFZ C29, D.86.

²⁷ AFZ C24, D.481.

²⁸ AFZ C30, D.299.

²⁹ AFZ C29, D.258.

³⁰ BFZ C90, C.106.

³¹ AFZ C30, D.311.

³² AFZ C26, D.129.

³³ AFZ C6, GD.12 (D. 244).

³⁴ AFZ C20, D.350.

fuentes para el investigador, publicando recursos de utilidad para el avance de la Ciencia³⁵. La importancia que se dio a esta actividad hizo que a partir de 1891, los trabajos de catalogación se interrumpieran de forma intermitente según el ritmo de publicación de los tomos de la Colección. Debemos recordar que ambas publicaciones son un recurso de fuentes interesantísimo no sólo para el estudioso de siglos pasados, sino para el historiador actual. Pero este asunto se abordará con más detalle en las próximas páginas.

3.2 La Biblioteca y la comunicación en torno a la Ciencia

La correspondencia particular es sumamente rica como fuente de información. A través de las misivas de los personajes se han podido descubrir algunas muestras de la comunicación que hubo entre estudiosos por canales informales.

Destacamos el intercambio de información bibliográfica e histórica que hubo entre el político Antonio Cánovas del Castillo y estudiosos de la época, entre ellos los hermanos Zabálburu. En esta comunicación científica informal se percibe una constante: la petición de ayuda para localizar libros o transcribirle documentos, evitándole, según él mismo señala, desplazamientos en etapas en las que no podía abandonar tareas públicas³⁶.

El escritor e impresor Juan Ernesto Delmas, participó junto con otros investigadores, en veladas bibliográficas que se hacían en la Casa de los Zabálburu, iniciativa que aplaudía por parecerle más serena e instructiva que las tertulias políticas, habituales en la España de entonces. Son abundantes los comentarios y el intercambio de opiniones sobre asuntos bibliográficos y de Historia. Tanto Delmas como los Zabálburu compartían la idea de que era muy provechoso publicar obras inéditas o raras de la Historia de Vizcaya, aunque eran conscientes de que se trataba de un proyecto arriesgado, tanto por la censura como por la escasez de personas interesadas en la materia³⁷.

Conocemos también la comunicación sobre Musicología que había entre los hermanos Zabálburu y el músico Francisco Asenjo Barbieri³⁸.

Con el académico José Gómez de Arteche hubo enriquecedores encuentros sobre Historia. A modo de ejemplo, citar que al publicarse en 1833 la obra de Vicente Arana, *Los Iberos*, preguntó a los Zabálburu sus pareceres sobre si se trataba de una obra científica, pues según él el libro contenía leyendas muy lindas que como vascongado había leído con mucho gusto, pero debían ser apreciadas como producciones literarias y de imaginación, no como rigurosamente históricas³⁹.

Manuel de Uhagón, vecino de San Sebastián, mantenía también en torno a la Zabálburu, encuentros en los que existían enriquecedores intercambios de conocimientos filosóficos y humanistas⁴⁰.

En cuanto a la comunicación de carácter científico a través de canales formales, decir que se trata de publicaciones que salieron a la luz gracias o con la participación de los dueños de la Biblioteca Zabálburu.

³⁵ AFZ C29, D.90.

³⁶ Yeves Andrés, J. A. *Cánovas y Lázaro dos bibliófilos de fin de siglo*. Madrid, Fundación Lázaro Galdiano, 1998, p. 15.

³⁷ AFZ C30, D.152.

³⁸ AFZ C62, D.179.

³⁹ AFZ C24, D.595.

⁴⁰ AFZ C34, D.453.

La *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España* fue fundada en 1842 por Martín Fernández de Navarrete, Miguel Salvá y Pedro Sáinz de Baranda. El propósito de esta publicación queda de manifiesto en el prospecto que aparece en el tomo 1. En él se dice que las desgracias que sobrevivieron a la nación en 1808 hicieron que se destruyeran o extraviaran muchos códices y documentos antiguos, que con pérdida irreparable para España y con riesgo de que se desfigurara su Historia, se empezaron a imprimir en lengua extranjera. Estas consideraciones motivaron a los autores a publicar una colección de documentos inéditos para la historia de España, poniendo a logro la gran copia de ellos que existían, ocultos u olvidados en los archivos, ya que otros habían desaparecido por la mano del tiempo y de las discordias civiles.

Los responsables de los tomos fueron variando a lo largo de los años. A partir del tomo 60 figuran como autores el Marqués de la Fuensanta del Valle y el bibliotecario José Sancho Rayón, añadiéndose desde el tomo 68, Francisco de Zabálburu. En el tomo 103, como novedad que se mantiene hasta el final de la colección, desaparecen como coautores Sancho Rayón y Francisco de Zabálburu. Esto se debió a una desavenencia del Marqués de la Fuensanta del Valle con Sancho Rayón.

El hecho produjo que el bibliotecario del Ministerio de Fomento decidiera publicar con Zabálburu la *Nueva Colección de Documentos inéditos para la Historia de España y de sus Indias*, obra que fue costeada por el dueño de la Biblioteca Zabálburu⁴¹, y que vio la luz en el año 1892. Se trataba de continuar la empresa iniciada años antes de publicar importante documentación histórica hasta el momento inédita. A este propósito se conserva una carta del bibliotecario Rayón a Zabálburu proponiéndole iniciar la Nueva Colección con un prólogo en el que criticaba al Marqués y que finalmente no se publicó⁴².

En el mes de junio de ese mismo año, Juan Ernesto Delmas daba la enhorabuena a su amigo Zabálburu por el proyecto, por ser de sumo interés para España. Además se ofrecía como protector pues “esta clase de obras han menester siempre la protección de cuantas personas aman las buenas letras”⁴³.

El papel utilizado en la publicación de la primera edición de la *Nueva Colección* fue marca doble de bibliófilos, marca de vitela, de la fábrica de la viuda e hijo de Oseñalde, en la villa de Cabrera, provincia de Guadalajara, que tenía almacén en Madrid, en la calle de Cañizares, número 5 bajo⁴⁴. La imprenta en la que se llevaron a cabo los trabajos fue en la de Manuel Ginés Hernández, en la calle Libertad, 16 duplicado bajo en Madrid, y el encuadernador fue Francisco Pedregal. Los ejemplares se vendían en la librería madrileña de Murillo. Zabálburu regaló ejemplares a instituciones y a amigos⁴⁵.

Junto con esta publicación de gran interés para el historiador, debemos mencionar algunas otras. Mariano costeó los gastos de edición de un manuscrito del siglo XVI titulado: *Relación Breve de Nueva España* que él mismo compró en la librería de San Diego de Alcalá. Dicha edición salió a la luz en Madrid en el año 1873.

En 1874 sufragó los gastos de una edición facsímil del libro raro de Baltasar Echeve, *Discursos de la Lengua Vascongada*. El bibliotecario José Sancho Rayón, siguió la mate-

⁴¹ AFZ C32, D.112.

⁴² AFZ C30, D.148.

⁴³ AFZ C30, D.5.

⁴⁴ AFZ C32, D.117-119.

⁴⁵ AFZ C30, D.151.

rialidad de la reproducción. Palau nº 78064 señala: “Tirada de cien ejemplares, edición rara a expensas de los señores de Zabálburu”. El facsímil tuvo gran acogida entre los intelectuales. Juan Ernesto Delmas le escribió: “El ejemplar es magnífico y está admirablemente reproducido, y después de felicitar a v. por el buen resultado conseguido y por la excelente idea de la reproducción...”. En la misma carta le contaba que el Echave sería el comienzo de su pobre biblioteca vascongada que empezaba a formar, destruida la que tenía [...] por el bandolerismo de esos defensores no sé de qué principios⁴⁶.

Antonio María Fabré daba también su opinión sobre el libro:

“[...] me parece curiosísimo y tanto más importante cuanto que es a mi juicio el original de Humbolt”⁴⁷.

El escritor valenciano Joseph Vives Ciscar respondió al regalo del facsímil con una expresiva carta:

“Los Dicursos de Baltasar de Echave me sorprendieron muy mucho [sic], no sólo por la belleza con que están reproducidos, sino a la vez su vetusta encuadernación que les da un carácter de época notable al referido volumen. Doy a v. millones de gracias [sic] por su esplendidez, ya que he podido saborear una obra juzgada como rara entre las etimológicas españolas y la cual sólo conocía de nombre. Mi modesto trabajo bibliográfico no merece en verdad todas las alabanzas que v. le dedica, las cuales he de tomar a beneficio de inventario, o mejor dicho he de creerlas hijas de la exquisita bondad que le es peculiar... Atento servidor y amigo J. Vives Ciscar (rúbrica)”⁴⁸.

En 1881 Mariano de Zabálburu colaboró en la edición que preparaba la Sociedad de Bibliófilos del *Cancionero General de Hernando del Castillo*. Ayudó a buscar algunas de las ediciones existentes que José María Octavio de Toledo no localizaba y deseaban cotejar para la nueva edición. En concreto las estudiadas habían sido la de Valencia, 1511 (primera edición); Toledo, 1527 (quinta edición); Sevilla, 1540 (séptima edición); Amberes, 1557 (octava edición); y Amberes, 1573 (novena edición). Quedaban por estudiar las de Valencia, 1514 (segunda edición); Toledo, 1517 (tercera copia de la segunda edición); Toledo, 1520 (cuarta edición, citada en varias bibliografías pero de las que no se conocía ningún ejemplar); y Sevilla, 1535 (sexta edición)⁴⁹.

En el año 1883, Zabálburu preparaba una edición de la obra *las Buenas andanzas* de Lope García. En esta ocasión le pidió a su amigo Juan Ernesto Delmas una ilustración de la torre de Muñatones. El editor le respondió que tenía una tomada por él en 1856, pero le parecía mejor una ilustración actual, que podría rotularse “el castillo de Muñatones” y la fecha que fuera⁵⁰. Su hija Carmen, pintora, la podría copiar del natural, pero tenía que indicarle los centímetros del tamaño del libro. Delmas le decía a Zabálburu, que más difícil era hallar la ilustración que también quería de un retrato de Lope García, porque no tenía noticia de que existiera alguno. Y añade:

⁴⁶ Se refiere a los carlistas. AFZ C34, D.449.

⁴⁷ AFZ C34, D.451.

⁴⁸ AFZ C29, D.602.

⁴⁹ AFZ C24, D.34.

⁵⁰ AFZ C24, D.502.

“Recuerdo en Portugalete en la casa vieja de D. Francisco Borja de Salazar, había un antiguo retrato no sé si de Lope o de Juan [...] es mozo su hijo, pero que por lo malo que era, o lo quitaron de su puesto o lo inutilizaron los hijos de D. Francisco. Uno de los actuales, hijo de Benigno, pintor y discípulo de Plasencia, expuso en la Exposición en Bilbao de 1882 un retrato de Lope García, bastante bien ejecutado y en tamaño natural, por supuesto hecho de convención y nada más. Yo creo que lo mejor es mandar dibujar un apuesto guerrero de su época, con la pluma en la mano, porque como v. sabe, lo mismo empuñó la pluma como la espada, de lo que fueron buenos testigos sus enemigos los Marroquines y Sante-lices”⁵¹.

El editor estaba entusiasmado con la idea de la publicación de una obra tan importante y se ofreció a Zabálburu para lo que necesitara, pues la obra lo merecía. Él mismo lo tuvo unos años como proyecto así como el sacar una *Biblioteca de autores vascongados*, pero por sus grandes ocupaciones hizo que se postergara definitivamente. Advertía a Mariano que él conocía el original de Mieres que estaba lleno de errores y aunque no dudaba de que lo revisaría, le indicaba que se detuviera especialmente en los nombres de los pueblos⁵².

4 CONCLUSIÓN

En definitiva, los datos historiográficos y documentales aportados ponen de manifiesto la función desarrollada por la Biblioteca Zabálburu en el terreno de la investigación científica en la España decimonónica. Asimismo, permiten admirar la esmerada labor de los bibliotecarios en la adquisición, tratamiento y difusión de los fondos. No es frecuente que un centro privado y sin ánimo de lucro desarrolle filantrópicamente un servicio tan valioso a la ciencia; sabemos, por ejemplo, que la biblioteca financió publicaciones de referencia para los humanistas y los historiadores. Es preciso reconocer que los títulos de este centro han sido, además, consultados por ilustres personajes públicos. Tampoco es habitual conservar tal cantidad de documentos con información relevante sobre el tema que nos ocupa; un material que hemos tenido la oportunidad de examinar con detalle y de plasmar sucintamente en este artículo.

6 BIBLIOGRAFÍA

- LLERA LLORENTE, M. T. *La Biblioteca Francisco de Zabálburu. Adquisición de fondos y estudio catalográfico*. Mérida: Editora Regional de Junta de Extremadura, 2007. La mejor biblioteca privada de España tiene 18.000 ejemplares. *El País*, 18/04/1995, p.8.
- PÉREZ GALDÓS, B., *La Incógnita*. Madrid: 1889.
- RODRIGUEZ MOÑINO, A. *Curiosidades bibliográficas. Rebusca de libros viejos y papeles trasapelados*. Madrid: Langa y Compañía, 1946.
- VINDEL, P. *Historia de una librería*. Madrid: 1945.
- YEVES ANDRÉS, J. A. *Cánovas y Lázaro dos bibliófilos de fin de siglo*. Madrid: Fundación Lázaro Galdiano, 1998.

⁵¹ AFZ C.24, D.488.

⁵² AFZ C24, D.502.